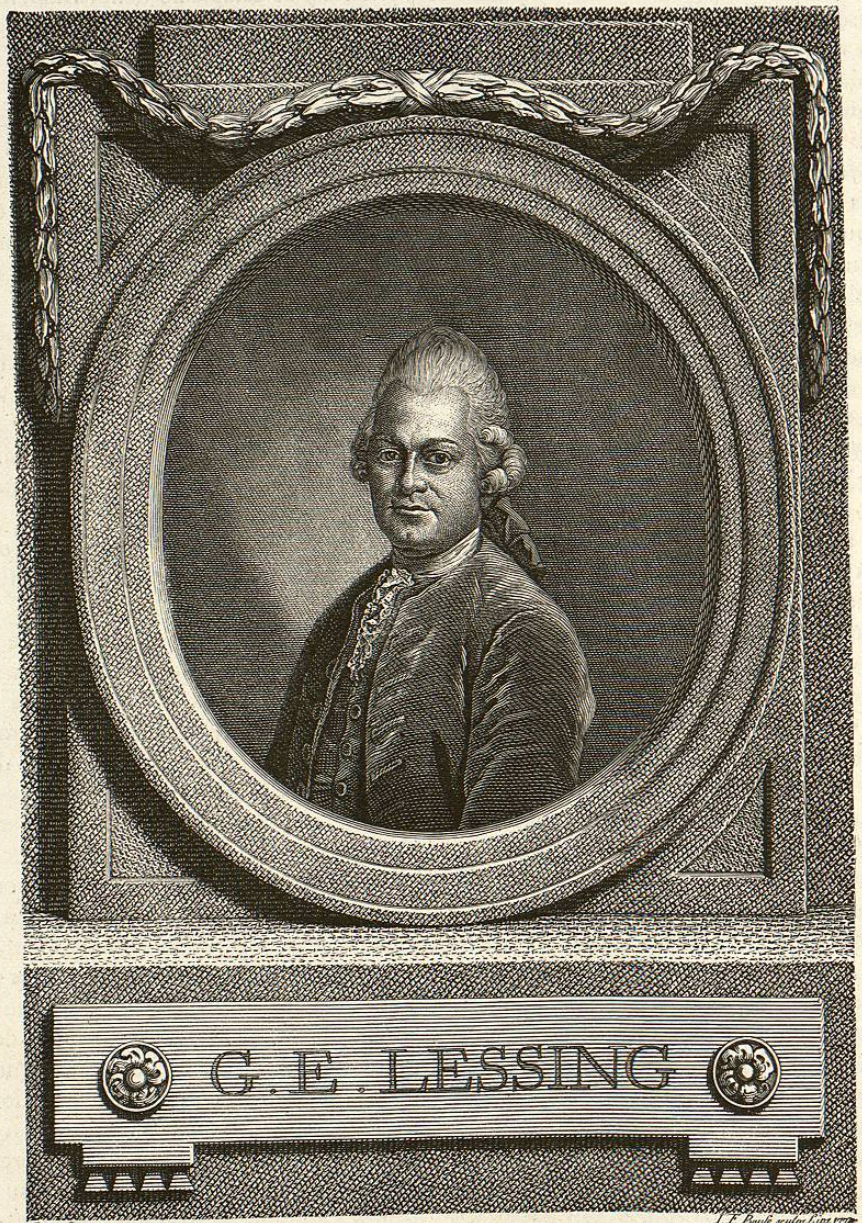


y por otra parte se deja dominar por la charla necia de su madre, y no obra como una jóven honrada sabe y debe obrar sin pedir consejo á nadie; conducta que tiene por consecuencia que Appiani, su novio, caiga en la celada que Marinelli le ha preparado. Esta jóven, despues de perder á su novio, arrancada á la casa paterna y entregada en poder del príncipe, que conoce toda su debilidad inerme, sabe bastante con lo que presente de las intenciones y plan de sus pretendidos salvadores. Tambien siente que no resistirá al seductor y que esto causará su muerte por su propia mano ó

por la de su padre. Cuando despues ve la desesperacion que desgarró el corazón del autor de sus días, le grita: «¡La fuerza bruta! ¡La fuerza bruta! ¿Quién es la mujer que no sabe resistirla? La fuerza bruta no es nada; la seducción es la verdadera fuerza. Padre mio, yo tengo sangre, sangre tan juvenil y ardiente como cualquiera otra. Mis sentidos son sentidos. Yo no respondo de nada. Conozco la casa de los Grimaldi. Es la casa de los placeres. Una hora estuve allí bajo las miradas de mi madre, y se levantó un tumulto en mi alma que semanas enteras de ejercicios religiosos, por



Facsimile reducido del grabado hecho en 1772 por I. F. Bause (1738-1814) con presencia del cuadro original de Antonio Graff (1736-1813)

rigurosos que sean, no bastaran para aplacarlo. ¡La religion! ¡Y qué religion! Miles de personas se arrojaron al mar por mucho menos y son santos. Déme V., padre mio, déme V. ese puñal.»

El padre «rompe la rosa antes que el huracan la deshoje,» porque cree lo que su hija le ha confesado, y cuya educacion en la ciudad no ha podido vigilar. (Segundo acto, escena IV.)

La última obra dramática de Lessing, *Natan*, viene á ser su profesion de fe. Es un monólogo en forma de drama, una meditacion sobre el valor de las religiones y el destino del hombre; es el consuelo poético de un corazón desgarrado por la pena mas cruel.

A principios del año 1778, en que empezó la polémica sobre sus *Fragmentos de Wolfenbützel* con Goeze, envió Lessing despues de haber gozado solo un año la dicha de un matrimonio, conseguido á fuerza de sacrificios grandísimos, y cabalmente cuando mas falta le hacia su fiel y valiente compañera. No habia sentido jamás tanto como entonces la bendicion del estro poético, al escribir con el alma destrozada su drama *Natan* que fué su última palabra en la citada polémica, en que correspondió la palma de la victoria, no al puño y destreza del espadachin, sino á la obra conciliadora del poeta.

El amor al prójimo, sin reserva, hasta el sacrificio propio,

fué enseñado al mundo por Jesucristo que con esta obra, que marca una época en la historia de la humanidad, divorcióse del mosaismo é instituyó una nueva fe para una humanidad nueva.

El poeta Lessing, al querer glorificar el principio humanitario é inmortal del cristianismo, no pudo proponerse mejor ideal para su drama que el de un judío que de purificacion en purificacion interior se eleva á ser cristiano de hecho, aunque no de nombre, y ha vencido el odio que los cristianos profesan á los judíos con obras de verdadera caridad cristiana, despues de haber vencido en sí mismo el odio que profesan los judíos á los cristianos.

A este judío *Natan* dice en el citado drama el templario: «Bien conocéis vos, *Natan*, al pueblo que fué el primero en hacer diferencias entre razas y razas. ¿Sabéis qué pueblo fué el primero que se llamó el elegido? ¿Qué diriais si yo ahora no pudiese menos de despreciar á ese pueblo por su orgullo aunque no llegara hasta odiarlo? ¿Qué diriais si yo lo despreciase por ese orgullo que ha legado á los mahometanos y á los cristianos, el orgullo de que solo su Dios es el verdadero?» A esto contesta el judío: «Despreciad á mi pueblo tanto como queráis. Ni vos ni yo hemos escogido nuestro pueblo. ¿Somos nosotros nuestro pueblo? ¿Qué es el pueblo? ¿Son los cristianos y judíos tales judíos y cristianos antes de ser hombres? ¡Ah! ¡Si yo hubiese encontrado en vos á uno que se hubiese contentado con ser individuo de la humanidad!» Vencido por la verdad de estas palabras exclamó el templario: «¡Sí, *Natan*, le habeis encontrado! ¡Dadme vuestras manos; me avergüenzo de no haberos conocido desde el primer momento!»

El templario descubre en esta escena al individuo humano, al hermano en Dios; porque el verdadero cristiano se despierta en el monje, y *Natan*, el judío, le dice: «Vos, buen hermano, sereis mi abogado, si el odio y la hipocresía se conjuran contra mí por un hecho, ¡ay! por un hecho.... solo vos lo sabreis; pero, guardad este secreto y que muera con vos. Jamás me ha tentado la vanidad de contarle á nadie; solo á vos lo refiero, á vos, á la piedad sincera y sencilla; porque solo ella comprende los actos virtuosos de que es capaz la persona que se consagra á Dios.» Dicho esto, le refiere los horrores cometidos por los cristianos en Gath; cómo asesinaron á todos los judíos, hombres, mujeres y niños, y cómo le quemaron tambien á su mujer con 7 hijos, esperanza de su vejez, y añade: «Cuando llegaste habia yo pasado tres dias con sus noches postrado en el polvo llorando.... ¿llorando? Tambien habia acusado á Dios; me habia enfurecido; me habia maldecido á mí y al mundo entero; habia jurado odio inextinguible....; pero finalmente volvió la razon poco á poco; me habló con voz dulce y me dijo: Dios es Dios; lo que ha pasado, Dios lo quiso. Pues bien, ven y practica lo que hace tiempo has comprendido, y lo que por cierto cuesta mas comprender que hacer, si solo se quiere! ¡Levántate!... Me levanté y contesté á Dios: Sí; quiero. Haz que yo quiera!»

«En este momento bajasteis de vuestro caballo y me disteis el niño envuelto en vuestra capa. De lo que me dijisteis entonces, y de lo que yo os dije, ya no me acuerdo; solo sé que tomé el niño, que lo llevé á mi lecho, que lo besé, que me postré de rodillas y que sollocé. ¡Dios mio! ¡De siete ya recobro uno!»

«¡*Natan*! exclama el monje templario, ¡*Natan*! Sois un cristiano! Sí, como hay Dios, sois cristiano; jamás hubo cristiano mejor que vos!»

Así habia de ser el judío para atreverse á referir al sultan Saladino la maravillosa parábola de la contienda de los hermanos por la sortija, cuya buena ley se hubo de probar en

la competencia de los sentimientos mas nobles y del amor al prójimo.

Lessing calificó de *cátedra sagrada* el teatro, para el cual escribió su *Natan*, sin esperanza de verlo representar. En efecto, jamás se ha explicado desde ningun púlpito con mas elevacion y dignidad, el primero y último mandamiento de todas las religiones dignas de este nombre, como dijo el juez de la parábola en su sentencia: «¡Pues bien! que siga cada uno de vosotros libremente las inspiraciones de sus sentimientos de caridad, sin interés y sin ser gobernada por ninguna preocupacion. Rivalizad en probar cada uno de vosotros que la piedra de su sortija es la que posee la virtud mágica. Cada uno de vosotros trate de coadyuvar á esta fuerza mágica con su dulzura, trato cordial, caridad y sumision á la voluntad de Dios. Y cuando en el trascurso del tiempo vaya manifestando cada una de estas piedras su virtud á vuestros biznietos y á sus descendientes, os cito de aquí á mil años ante esta silla, que ocupará entonces un hombre mas sabio que yo, y os dirá: «Idos». — Así habló el modesto juez.

A la edad de 52 años en 15 de febrero de 1781 murió Lessing, el fundador del teatro alemán regenerado, creador de la prosa y poesia alemanas, y el predicador mas elocuente del cristianismo profesado y manifestado con obras. Para juzgar á Lessing como estilista citaremos aquí lo que dijo sobre esto en su *Anti Goeze*: «No conozco estilo deslumbrador que no deba su brillo en mayor ó menor grado á la verdad. La verdad sola da lustre verdadero. Por esto hablemos de ella y no del estilo.» Al cristianismo de Lessing juzgaremos por el siguiente pasaje de su *Educacion del género humano*: Sigue tu marcha imperceptible, ¡oh Providencia eterna! pero haz que no desespere yo á causa de tus ocultos pasos. ¡Haz que no desespere, aunque parezca retroceder! No es verdad que la línea mas corta sea siempre la recta. ¡Tienes que llevarte tantas cosas en tu camino eterno! ¡Tienes que dar tantos pasos á la derecha y á la izquierda!

VII.—LA ALIANZA DE JOSÉ II CON CATALINA II, Y SU SEGUNDO PROYECTO CONTRA LA BAVIERA

En 29 de noviembre de 1780 murió María Teresa y aquel dia escribió el emperador José II al canciller Kaunitz: «Dejo de ser hijo (1),» queriendo decir que tenia ya las manos libres para la trasformacion de la monarquía austriaca, á la cual queria dar el carácter de un Estado unificado, ilustrado y alemán (2). Por esta razon se distingue en Austria el año 1781 por toda una serie de edictos trascendentales, de los cuales los mas notables fueron el de la reforma del clero austriaco y de su independencia de Roma; el de la tolerancia de los cultos no cristianos (13 de octubre); el de la supresion de la servidumbre de la gleba (1.º de noviembre); el de otorgamiento de los derechos civiles á los judíos (2 de noviembre), y el de la supresion de las órdenes monásticas de ambos sexos (2 de diciembre). Si cada uno de estos edictos hubiese llevado consigo la reforma que ordenaba; si José II, con su cancelleria, sus diversas administraciones de provincias y de distritos, los señorios, el poder secular de la nobleza y de la Iglesia, y el espíritu separatista de los brazos y pueblos de los diferentes Estados y provincias de su mo-

(1) *Je cesse d'être fils, et c'est ce que je croyais être le mieux.* G. WOLF. Austria y Prusia.

(2) Véanse las obras alemanas siguientes: G. WOLF, *Austria y Prusia*, 1780 hasta 1790. Viena, 1880.—LUSTKANDL, *Las ideas josefinas y sus resultados*. Viena, 1881.—A. WOLF, *Austria en los reinados de Maria Teresa, José II y Leopoldo II.*—PERTHES, *Personas y circunstancias políticas en Alemania en la época del dominio francés*. Gotha, 1869.

narquía, hubiese tenido la virtud mágica de realizar estos proyectos, el Austria habría experimentado en el citado año una transformación más radical que ningún otro país de Europa ha experimentado jamás en períodos mucho más largos. Pero la verdad es que estas transformaciones no se verifican por encanto con solo ordenarlas. Al reformador que mandaba faltaban los órganos ejecutivos, ora que no pudiesen, ora que no quisiesen prestarse a sus planes; cosa que no podremos apreciar a fondo hasta que tengamos una historia administrativa del reinado de José II, en lugar de las colecciones de sus decretos, de sus *Rayos de luz*, de sus *Pensamientos inolvidables* y de sus cartas. Nos contentaremos, pues, con mirar detrás de los bastidores de la escena en que el mundo de entonces vió grandes signos y milagros. Para esto copiaremos aquí una carta que el emperador escribió en 1783 a su cancillería de gabinete, en la cual pinta su situación verdadera en términos muy claros. Esta carta, publicada solo muy recientemente, dice así: «Mi esquela está fechada en 6 de junio, y la exposición en que se me contesta lleva la fecha del 13 de octubre; de modo que aquella ha estado cuatro meses en la cancillería en consulta. Que lea ahora la cancillería, si puede hacerlo sin ruborizarse, su trabajo, ó mejor dicho las contestaciones que da, y juzgue ella misma si semejante fruslería necesitaba tanto tiempo y tanta reflexión; y lo que es más, que vea si responde á todos los puntos que he indicado y que son otras tantas órdenes. En ninguno de estos puntos se ha dado un paso para su realización, y solo se han dado subterfugios sin sustancia, ó se han opuesto como excusas dificultades insignificantes mezclándolas adrede con otras cosas para encubrir la verdad. Si esto se hace con la intención de conservar la confusión antigua, ó por aversión al trabajo, no quiero profundizarlo. Cuando yo, después de haber examinado la localidad, encargo á mis administraciones lo que juzgo oportuno, es de su deber penetrarse de mis propósitos, examinarlos diligentemente, imaginar todos los medios para realizarlos, dirigirse únicamente á mí en casos de duda ó de dificultad, y no considerar mis órdenes como una especie de reclamación de agravios, empleando la cancillería todo su talento para componer una réplica cancelleresca, á fin de cohonestar su conducta (1).»

Sus continuos viajes por todas las provincias de su imperio habían dado á José II un conocimiento del estado de cada una mayor que el adquirido por ningún otro monarca austriaco. No le faltaba talento para conocer los defectos y discernir los medios de enmendarlos, ni tampoco le faltaba el tesón para aplicar el remedio á pesar de todos los obstáculos; pero carecía en primer lugar del personal administrativo obediente y enérgico, sin el cual nada se hace; en segundo lugar de la perseverancia paciente del verdadero trabajador que concluye metódicamente hasta lo que ha principiado sin método; y finalmente de la sobriedad y la fuerza de sacrificar sus proyectos de conquista en el exterior en aras de las conquistas que quería hacer en el interior. Su propósito de refundir á sus súbditos alemanes, italianos, bohemios y húngaros en un solo pueblo austriaco necesitaba, suponiendo que fuese posible, el trabajo de muchas generaciones, y cuando menos para principiar, una paz prolongada y no interrumpida. Esta paz podía obtenerse con solo conservar lealmente la establecida con la Prusia; pero era imposible si José II, pensando siempre en la reducción de este país para hacerlo *inofensivo*, idea fija de la corte de Viena, volvía á la senda resbaladiza de las aventuras de conquista.

(1) Véase A. BEER, José II, Leopoldo II y Kaunitz. Viena, 1853.

En la primavera de 1780 el emperador José hizo un viaje á Rusia, cuyo objeto y resultado dió mucho en que pensar á todas las cortes europeas, especialmente á la de Berlín; pero nada traspiró de lo que José y la emperatriz Catalina se dijeron y convinieron en Mohileff y en San Petersburgo. Solo se sabe que allí se estableció entre ambos personajes una relación personal, que tuvo consecuencias políticas muy trascendentales. Las cartas que se dirigieron mutuamente nos ilustran sobre sus relaciones personales, y los convenios que firmaron nos enseñan el lado político de sus entrevistas.

Del tono que domina en las cartas no podemos dar una idea exacta sino por medio de una muestra de ellas. En 13 de noviembre de 1780 escribió el emperador: «Sí, señora, me habeis dado por un momento aquella dulce satisfacción que está por encima de los accidentes y cambios de fortuna, y es solo el premio de aquel que se ha hecho digno de apreciarla, á saber: la satisfacción interior del alma. Cuando leí vuestra carta no pude menos de pensar: no has perdido enteramente ni has empleado mal tu tiempo, porque Catalina te aplaude, y has desmentido la profecía que Voltaire tan cortésmente hizo de tí cuando pasaste cerca de donde estaba sin ir á verle. Dijo que habiendo los otros príncipes, y especialmente los grandes hombres, monopolizado todas las virtudes y cualidades deslumbradoras, no había quedado más que una que la mayor parte no había querido obtener y era la modestia, de la cual me había apoderado yo y era la única que ostentaba. En este momento sin embargo no he sido modesto y no he podido menos de participar á mi venerable madre y á cierto número de amigos buenos y leales que me ha concedido la suerte, lo que V. M. me ha escrito.» A esto contestó la emperatriz Catalina en 20 de noviembre (estilo antiguo): «Ignoraba hasta hoy la expresión de mi antiguo amigo Voltaire, y la siento por él; pero yo estoy segurísima de que si Voltaire, á quien el despecho hizo hablar en aquel momento más de lo que debiera, hubiese tenido la fortuna de ver y oír solo por media hora al hombre de quien formó un juicio tan erróneo entonces, su alma entusiasta por todo lo grande y bello, habría encontrado sublime la modestia que acompaña á las grandes virtudes, habría entonado en seguida el himno: «Bendita la madre que te llevó en su seno» y habría concluido con el de San Simeon.»

Infinitamente vanos eran los cálculos de la emperatriz para marear al emperador por medio de lisonjas que como se puede ver por el trozo de su carta que precede, llegaban hasta los límites de la burla; y tan vacías de sentido fueron también las que el emperador empleó para hacer el papel de mareado. En 9 de enero de 1781 escribía José II al príncipe de Kaunitz hablando de la emperatriz de Rusia: «No hay que olvidar que tenemos que habérmolas con una mujer que solo piensa en sí, y no se cuida más de la Rusia que yo. De consiguiente es preciso halagarla. Su ídolo es la vanidad; y una fortuna inconcebible y los homenajes que le ha rendido toda la Europa á porfía la han alucinado demasiado. Es preciso aullar con los lobos. Mientras se consiga lo que se desea, no importa la forma.» Efectivamente, en estas relaciones amistosas y entusiastas, las frases encubrían los hechos materiales que se buscaban, y por el giro que llevaron estos últimos, veremos que la emperatriz de Rusia sacó todas cuantas ventajas se había propuesto sacar del emperador, mientras que José II no sacó más que desengaños y aun desgracias, todo por su propia culpa.

Antes de emprender el trabajo titánico de la transformación de su monarquía, firmó con la emperatriz un convenio, en el cual se obligaba á velar por que la Sublime Puerta cumpliera estrictamente con sus obligaciones para con la Rusia según

los tratados, y á invadir la misma Turquía en caso de guerra entre ella y la Rusia con igual número de tropas que esta última potencia. En cambio la Rusia garantizaba la inviolabilidad de la monarquía austriaca que por nadie estaba amenazada, y prometía para un caso necesario una indemnización que no se precisó en el convenio. En el mes de octubre de 1781 estrechó José II todavía más los lazos que le unían á la Rusia entrando en la alianza de neutralidad que Catalina había formado con las potencias del Norte para proteger la libertad de su navegación y comercio contra la Inglaterra; y en pago de esto dignóse la emperatriz dejarle entrever un año después los vastos proyectos que tramaba contra la Turquía europea.

Esta condescendencia fué motivada por serias complicaciones que habían estallado entre los tártaros de la Crimea. La paz de Kainarché había garantido la independencia política de estos tártaros respecto del gobierno de Constantinopla; la Rusia se consideraba como protectora de su independencia, lo cual en el fondo no era más que una transición para la incorporación final. Una sublevación que ocurrió entonces contra el Khan reinante Chahin Giray tuvo por resultado la expulsión de este en mayo de 1782 y su reemplazo por su hermano. El desposeído pidió auxilio contra su hermano al gobierno de San Petersburgo. La emperatriz Catalina acusó de estos desórdenes al gobierno del sultán y recordó á José II la obligación que le imponía el convenio hecho con ella de garantizar la observancia y cumplimiento de la paz de Kainarché. Al pedir José II más explicaciones, le enteró la emperatriz del vasto plan que había imaginado para curar radicalmente la gran enfermedad del imperio turco.

Este plan se halla expuesto en una larguísima comunicación que lleva la fecha del 10 de setiembre (estilo antiguo) de 1782, y en él vió José II con terror que la emperatriz entendía por cumplimiento riguroso de los tratados y convenios celebrados entre la Rusia y la Turquía nada menos que el desmembramiento completo del imperio turco y su expulsión de Europa en beneficio exclusivo de la Rusia y de la religión cismática griega de que era protectora. En esta comunicación pintaba Catalina II la situación de la Turquía después de echar una ojeada á la situación política general de Europa, para probar que en la ejecución de su plan ni la Turquía podía esperar auxilio, ni la Rusia ni Austria temer ninguna agresión de las demás potencias. «Este imperio, decía, en otro tiempo tan temido, está hoy castigado por calamidades capaces de destruir las monarquías mejor organizadas. Las provincias europeas se hallan separadas de las asiáticas por el mar. La mayor parte de los bajáes prestan al gobierno solo una obediencia aparente y esperan el momento favorable para romper el freno ó mejor dicho para poner sus posesiones á cubierto de la rapacidad del sultán que llena con sus productos sus arcas vacías. En igual caso se hallan casi todos los súbditos cristianos de la Puerta cuyo número es 5 ó 6 veces mayor que el de los turcos. Su comercio se encuentra aniquilado por monopolios y vejaciones de todas clases. Cuadrillas de salteadores recorren los campos; los labradores suspenden sus trabajos y se acogen para salvarse á las ciudades, donde aumentan la confusión, los desórdenes y la carestía de los víveres. La disciplina existe solo de nombre en las fuerzas terrestres y marítimas. Los genizaros se han hecho tenderos, y no quieren abandonar sus tiendas sabiendo que solo se les paga con palabras. Las tropas de las provincias no se incorporan al ejército ni pagan ningún tributo cuando temen por la seguridad de su hogar propio. En el diván se introducen hombres que más entienden de rapiña que de curar los males de un imperio que se derrumba y cuya única riqueza consiste en el Corán.» Luego sigue diciendo que este

imperio no podrá resistir al ataque de las fuerzas rusas y austriacas unidas. Antes sin embargo de proceder á él convenia fijar un plan sobre el destino que había de darse á las ruinas del imperio, plan que fuese un sólido fundamento de nuevas creaciones políticas, y evitar toda disputa entre las dos potencias vencedoras por medio de un reparto equitativo de las adquisiciones territoriales entre ellas, procurando al mismo tiempo que sus fronteras no lleguen á tocarse. A este fin proponía la emperatriz crear un nuevo imperio bizantino, y entre este, el Austria y la Rusia, un Estado intermedio, compuesto de la Moldavia, la Valaquia y la Besarabia, que juntas llevasen el antiguo nombre de Dacia, y fueran regidas por un príncipe hereditario, de religión griega, y con cuya sumisión y fidelidad pudieran contar los dos imperios, de los cuales debería depender única y absolutamente. Las fronteras de este reino de Dacia serían los ríos Dniester, el Mar Negro, el Aluta y el Danubio. Las nuevas fronteras entre Austria y Turquía dependerían de las adquisiciones que aquella potencia pretendiera; pero Rusia pedía como frontera el Mar Negro, y como nueva adquisición la ciudad de Ochakoff con su territorio entre los ríos Bug y Dniester, y además una ó dos islas en el Archipiélago para el comercio de sus súbditos.

Finalmente la emperatriz en esta larga exposición revela sus pensamientos más recónditos en los términos siguientes: «Bien que la situación geográfica y la feracidad de las provincias otomanas limitofes á los Estados de V. M. y que podrá desear agregar á su monarquía, son de un valor mucho mayor que las que pretende la Rusia, mi amistad personal á mi carísimo aliado no me permitirá vacilar un instante en hacerle este sacrificio. La confianza ilimitada que profeso á V. M. me da la firme convicción de que, arrojando de Constantinopla con nuestras armas al enemigo del nombre cristiano, y libertando de él á la Europa entera; no me negará V. M. su auxilio para fundar sobre las ruinas de este imperio bárbaro la antigua monarquía griega, bajo la condición expresa que yo aceptaría, de que esta nueva monarquía quedara completamente independiente de la mía, colocando en su trono á mi segundo nieto el gran duque Constantino que debería obligarse al propio tiempo á renunciar para siempre á toda pretensión sobre el trono de Rusia, atendido que los dos imperios jamás deberán reunirse bajo un solo cetro. La misma renuncia deberán hacer en su tiempo mi hijo el gran duque y su hijo. Hasta entonces estoy dispuesta á dar respecto de mí y de mi sucesor todas las garantías necesarias de que jamás aspiraremos á la reunión de los dos imperios en una sola mano. Este nuevo imperio griego quedaría separado de la Rusia por el Mar Negro, y de la monarquía de V. M. por las adquisiciones que hiciese al efectuarse el desmembramiento del imperio bárbaro; y finalmente el Danubio formaría la frontera entre el nuevo imperio y la Dacia. También las islas del Archipiélago formarían parte del imperio griego. Para demostrar á V. M. I. mi gratitud por su auxilio en la ejecución de esta grandiosa empresa, tan importante para el bien de la cristiandad, me encuentro dispuesta á proporcionar á V. M., además de las adquisiciones que resulten de la misma empresa, algunas estaciones navales en el Mediterráneo si las cree útiles para el comercio de sus súbditos.»

El emperador José no era ni tan modesto ni tan atolondrado como la emperatriz suponía cuando le propuso tan inaudito negocio. Fué bastante prudente para apreciar debidamente los peligros que podían sobrevenirle de parte de la Francia y de la Prusia; el valor del auxilio que le tocaría prestar y la parte de beneficio que la Rusia obtendría, aun en el caso de un éxito incompleto. Todo esto tenía para é